



LA SEMANA SANTA.

En el corto período de ocho días se reasumen los mas altos misterios del cristianismo; el primero y el último recuerdan los triunfos del Redentor.

El domingo de Ramos Jesus entra en Jerusalem como un monarca en su capital, en medio de las aclamaciones de un pueblo que en su ardiente entusiasmo alfombra con flores el camino que atraviesa este rey de Sion. El día de la Resurreccion es un vencedor que sale de la tumba y se burla de la muerte. La iglesia ha consagrado con aniversarios escenas tan interesantes de esta parte de la historia evangélica, y ha dado el nombre de *Santa ó Mayor* á la semana destinada á perpetuar su recuerdo.

Comienza con el domingo de Ramos. En este día, para recordar la entrada triunfante de Jesucristo en la ciudad de Jerusalem, se celebra una procesion en que se llevan ramos bendecidos antes de la ceremonia; al regreso las puertas de la iglesia se hallan cerradas. El celebrante llama á ellas tres veces con el asta de la cruz diciendo: «Príncipes, abrid; puertas cerradas, abrid, y el rey de la gloria entrará.» La parte del coro, que se halla en el interior, pregunta: «¿Quién es ese rey de la gloria?» Los de afuera replican: «Es el Señor fuerte y poderoso en el combate:» tres veces se repite la misma pregunta é igual respuesta; y las puertas se abren al fin.

En Rusia la procesion de las palmas es mas dramática, si nos es dado emplear este término hablando de una ceremonia católica. En un carro llevan un grande árbol cargado de manzanas, higos y racimos. Cuatro niños vestidos de sobrepelliz cantan el *Hosanna* sobre el mismo carro. En seguida

vienen los padres y los levitas, así como los principales habitantes, llevando palmas en las manos, por último el patriarca, montado sobre un asno y cubierto de los mas ricos ornamentos, representa al Señor. Hállase rodeado de acólitos que le inciensan y detrás se despliegan además numerosas filas de ellos. A medida que el patriarca avanza, se estenden bajo los pies de su cabalgadura muchas piezas de paño, para figurar los vestidos con que el pueblo judío tapizaba el camino que Jesucristo recorrió triunfante.

A la procesion sucede una misa, cuyo evangelio no es otro que el relato de la pasion del Salvador. Entonces dá principio el duelo religioso en que se sumerge la iglesia hasta el día de la Resurreccion.

A contar desde el miércoles Santo tiene lugar el oficio llamado de las Tinieblas, en que se cantan en tono lúgubre las lamentaciones del profeta Jeremías. Al fin de esta ceremonia desaparecen las luces en conmemoracion del eclipse pasajero del sol de justicia cuando nuestro Señor Jesucristo murió por nuestra salvacion. En muchos países los niños acuden con carracas ruidosas que ajitan á la conclusion, para representar el temblor de tierra que tuvo lugar cuando el divino Salvador espiró.

El jueves Santo es fecundo en ceremonias, todas de un interés eminentemente religioso. Los oficios reproducen la inmortal escena en que Jesucristo rodeado de los Apóstoles instituyó el Sacramento de la Eucaristía, y el augusto sacrificio de nuestros altares. En este día los obispos consagran los santos óleos

para la administración del bautismo, de la confirmación y de la Extremaunción. Por la tarde tiene lugar el lavatorio de pies á los pobres. En Roma el Papa los lava á trece de diversas naciones, despues les sirve la comida y les distribuye una suma de dinero. ¿Por qué, se nos dirá, son trece pobres y no doce, siendo así que los Apóstoles solo componian este último número? Cuéntase que San Gregorio el Grande, estando sirviendo á doce pobres á quienes habia lavado los pies, distinguió otro mas que no era sino un ángel revestido de forma humana. Este suceso se halla expresado en el siguiente distico:

*Bisenas hic Gregorius pascebat egentes,
Angelus et decimus tertius acubuit.*

«Gregorio daba de comer á doce pobres, cuando vino un ángel á colocarse en la mesa y completó el número trece.» Tal es la inscripcion que se lee en la iglesia de San Gregorio, construida en Roma en el terreno que ocupaba la casa de este gran Papa. Nuestros reyes de España acostumbran observar el mismo ceremonial.

El altar sobre el cual han sido celebrados los oficios de este dia es despojado, y la hostia consagrada colocada en un paraje en que los fieles pueden rendirle un culto mas solemne. Por la tarde de este dia principalmente, una brillante luminaria rodea el caliz en el cual está la santa hostia en medio del monumento espléndidamente decorado. Los reyes de España acostumbran á salir en público con gran pompa y acompañamiento para visitar las estaciones. La noche no interrumpe á los fieles en su fervor, pues pueden pasarla en adoración delante de la Eucaristia.

El viernes Santo es el recuerdo de la muerte del divino Reparador. Todo se pone en armonia con esta conmemoración del mas interesante misterio del cristianismo. El altar se halla despojado de sus adornos, los cirios apagados, los ministros vestidos de ornamentos negros, las campanas permanecen silenciosas desde los oficios del jueves tanto y hasta el sacrificio mismo de la Misa se halla suspendido. En una larga serie de oraciones, la iglesia ruega por todas sus necesidades; hasta sus enemigos, tales como los judios y los infieles, son objeto de su tierna solicitud. Cada oración es precedida de la invitación á arrodillarse, pero en el momento en que el celebrante vá á cantar la oración por los judios, el diácono omite recitar su invitación. La iglesia recuerda que esta nación décida se hincó tambien de rodillas por irritación, delante del Salvador, objeto de sus sarcasmos y de sus ultrajes. Despues viene la historia de la pasión de Jesucristo segun San Joan. En seguida se descubre respetuosamente la imagen de la santa cruz que desde el domingo de Pasión ha estado cubierta con un velo fúnebre, al compás de este canto: «He aquí el madero de la cruz en que pereció el Salvador del mundo, venid y adoradle.» Y para la adoración se la coloca en las gradas del altar, á donde concurre descalzo el clero á prosternarse.

Interin la adoración el coro repite las tier-nas quejas que Dios dirigió al pueblo ingrato de Israel. «Pueblo mio, ¿qué te he hecho yo? ¿En qué te he ofendido? Te he colmado de beneficios y tú me olvidas y me maltratas! te he arrancado á la dura tiranía de los egipcios y me pagas con la mas cruel de las muertes!» El otro coro no puede responder mas que con un grito que implora la misericordia. «Dios santo, Dios fuerte, Dios inmortal, tened piedad de nosotros! Esto es lo que se llama la adoración de la cruz.

En fin, la hostia consagrada vá á ser retirada de su sitio y llevada solemnemente al altar por el celebrante. Apáganse los cirios que han servido para transportar la santa Eucaristia, y la ceremonia termina por el recitado de las vísperas sin canto. Tal es una rápida reseña del ceremonial del

viernes Santo. Por la tarde sale por las calles la procesion, llamada comunmente de los pasos, por llevar



en ella imágenes de los de la pasión del Señor. Esta ceremonia, suntuosa y magnífica en varias capitales de provincia, señaladamente en Sevilla y Toledo, es pobre y mezquina en Madrid. El sábado se presenta bajo un aspecto menos triste; los altares recobran sus adornos; es la aurora de la alegre Pascua de los cristianos. Bendicese el fuego nuevo. El sagrado ministro bendice el cirio Pascual, emblema del Salvador resucitado. Despues de una serie de cantos victoriosos, que componen un himno admirable, el diácono enciende el cirio con el fuego nuevo que se



ha estraida del pedernal, y sucesivamente las ve-

las y las lámparas reciben luz de este cirio simbólico.

Después los sacerdotes cantan diversos trozos del antiguo testamento. Organízase una procesion que se dirige á la pila bautismal, cuya agua es bendecida. El celebrante recuerda los beneficios que Dios se dignó por su misericordia conceder á los hombres con este elemento. En este día se confería en otros tiempos el sacramento de la regeneracion á numerosos neófitos. Durante ocho días permanecian vestidos de blanco para denotar la inocencia que habian conquistado por los méritos de Jesucristo muerto y resucitado, quitándose estos trajes el domingo que sigue al de Pascua, y que todavía lleva el nombre de *Dominica in albis depositis*, recordando este uso.

La procesion bautismal vuelve al coro, la misa comienza y se celebra la Resurreccion del Salvador; pero todavía se modera la alegría que debe inspirar este misterio. Jesucristo no se ha manifestado aun. El regocijo no será completo hasta el día siguiente. Antiguamente esta misa se celebraba la noche de Pascua, los pueblos la pasaban en los templos esperando el día en que todo el velo del misterio queda descorrido. Pero ya se ha hecho oír la aleluya después de un silencio de 70 días, es decir después de la septuagésima. En Roma este grito de alegría Pascual tiene lugar en medio de una solemnidad particular.

En esta misa, celebrada por un cardenal en presencia del Papa, un prelado de la corte romana vestido de túnica blanca, se adelanta después de la epístola hácia el trono del soberano pontífice y acompañado del maestro de ceremonias. Allí vuelto hácia el Papa dice en voz alta: *Pater sanctae annuntio vobis gaudium magnum, quod est Alleluja;* después besa los pies del pontífice y se retira; entonces el cardenal celebrante canta por tres veces la aleluya elevando gradualmente el tono.

Las campanas hieren otra vez los aires con sus voces sonoras, acaban de desaparecer los signos de duelo y el gran cirio brilla en el presbiterio. Has-

Jesús resucitado en medio de sus discípulos, é inmediatamente después del Evangelio de la mencionada fiesta en que el Evangelista nos muestra á Jesucristo remontándose á los cielos, el cirio Pascual será apagado.



LAS CRUZADAS.

Cuando fijamos el pensamiento en los siglos ya pasados, y cuando dominados por el espíritu indagador de las cosas queremos afirmarnos sobre la filosofía de las causas y sobre el origen de los hechos, la mayor parte de las veces cedemos el campo á la dificultad que casi siempre se nos presenta insuperable, triste efecto de la debilidad de nuestra mente. Para abrazar el pensamiento aquellas épocas lejanas, ha menester la razon de una claridad sin límites, de un ánimo fuerte y emprendedor; necesita despedirse de las trivialidades de hoy, envolverse en la mortaja de los siglos, y animando cadáveres, reedificando ciudades, elevando templos, y haciendo revivir pueblos enteros, pasar por entre esas creaciones, libre el espíritu de las pasiones de la vida.

El historiador es el juez de los siglos, el filósofo de lo pasado: antiguamente la historia se limitaba á la narracion de los acontecimientos: era una cronología inmensa, material y seguida; el progreso se fué introduciendo después en los dominios de la historia, y gracias al poder insuperable de la civilizacion, la historia siguió otro rumbo, y todas las ideas se fijaron en una unidad creadora, porque de ella emanaba el juzgar de los hechos sociales, de las creencias religiosas y de los pensamientos de las épocas anteriores; esa unidad creadora era la filosofía de la historia. Los monarcas y los conquistadores ocupaban en ella la parte principal, y el esplendor de su poder cubria el brillo á todo lo demás, y usurpaba los derechos á los pueblos; pero el pueblo reivindicó sus derechos sobre la historia y fué conquistador tan luego como conoció que formaba la parte esencial de ella, y que sobre sí estaban asentadas las bases del edificio histórico y social.

La piedra fundamental de la historia estriba en la geología: á esas capas de tierra árida y silenciosa es á las que podemos preguntar segura ella lo que fuimos primero: pero de esa tierra transportada por el torrente de los siglos, sola obtenemos ideas vaci-



13 el día de la Ascension recordará el misterio de

lantes, tradiciones inciertas y conocimientos vagos de las diferentes razas que se han sucedido.

La transición dolorosa de la vida á la muerte hie-
ra igualmente á los hombres y á las naciones, á las
instituciones y á los siglos. Las águilas romanas, des-
pues de haber dominado casi todo el antiguo conti-
nente, fueron suplantadas por algunos pueblos que
la Roma culta apenas conocía, y sus pasos dejaron
huellas profundas en la índole de los que les suce-
dieron. Después de la caída del imperio romano
apareció el feudalismo, pero antes que los bárbaros
penetrasen hasta el corazón de la Europa y la suje-
tasen á su dominación, ya los emperadores se ha-
bían esforzado en hacer sentir á los pueblos su bár-
baro, como si hubieran adivinado la transición y
quisiesen hacerla menos sensible. Entonces comen-
zaron á comparecer en el seno de los tiempos ven-
cedores y vencidos, señores y esclavos, espoliadores
y víctimas, ruinas y construcciones. Pero se apro-
ximaba una época en que la cruz sería la señal de
unión entre el grande y el pequeño, el poderoso y
el débil; y despidiéndose de las afecciones más gra-
tas, los guerreros se encaminaban á las tierras pi-
sadas por el Señor llenos de orgullo y ambición re-
ligiosa para conquistar aquellos lugares santos en
que se había representado la sublime tragedia de la
redención. Eran las Cruzadas que comenzaban.

El espíritu entusiasta y fanático del siglo undécimo
caminaba lentamente á la par de las usurpacio-
nes de los señores y á la hipocresía del clero de la
edad media: al paso que los abusos crecían y se au-
mentaban, elevábase cada vez más el poder despó-
tico del sistema feudal; el cuchillo del verdugo era
su sosten, y la impunidad su justicia; el pueblo cas-
tigado venía á ser una sombra ligera y fantástica,
pasando por medio de las instituciones feudales co-
mo una visión del espíritu sin apariencia de reali-
dad. Los sucesores en la silla de San Pedro adminis-
traban la justicia que se decía divina tan solo para
satisfacer consideraciones personales: y cuando el
señor feudal, abrumado por el peso de delitos los más
atrocios doblegaba su frente alliva ante la digni-



dad Papal, el representante de Cristo en la tierra,
le señalaba el Oriente, y una peregrinación á los lu-

gares santos lavaba el alma del noble de los más im-
puros y negros crímenes. Tal era el estado de la
Europa cuando la Palestina, después de sustentar
una lucha tenaz y mortífera, cayó en manos del ca-
lifa Omaz, que solo mediante cierto tributo, permitía
á los habitantes de Occidente sus visitas á los luga-
res santos: pero después que los turcos se erigieron
orgullosos sobre las ruinas del imperio de los cali-
fas, las peregrinaciones de los cristianos se hicieron
espuestas y peligrosas aun las veces que las tole-
raban.

El espíritu supersticioso de la época, y las pala-
bras del clero de Europa, no tardaron en hacer
creer á los pueblos que eran llegados los mil años
mencionados en el cap. 20 de las revelaciones, y que
de un momento á otro debería aparecer para juzgar
al mundo el Cristo en la Palestina, con cuyo motivo
se emprendieron innumerables peregrinaciones, las
que iban siendo tanto más meritorias á medida que
se hacían más peligrosas. A su vuelta quejábanse



amargamente los pobres peregrinos del mal trata-
miento de los infieles, y de la profanación de los lu-
gares en que se habían cumplido los misterios del
cristianismo. Entonces un pobre monje que vivía so-
litario, separado del roce de las gentes, tomó el traje
de peregrino y quiso ir á orar sobre el sepulcro de
Cristo. Fue, y cuando volvió, el espíritu de Dios le
había inspirado. El Papa, los soberanos, los pueblos
enteros escuchaban con transporte la elocuencia de
su providencia: incitólos al combate, y nobles y ple-
beyos se armaron, y con el pensamiento fijo en la
redención de los lugares santos, fueron á buscar el
sepulcro donde yació el Salvador del mundo, ó la
muerte ignorada y dolorosa en las arenas del de-
sierto. Este hombre, que así arrojaba el Occi-
dente contra el Oriente, era Pedro el ermi-
taño.

A los primeros sonidos de la trompa guerrero,
animados de furor ciego y de fanatismo, parten sin
disciplina bandos de plebeyos que seguían al ermi-
taño sin preparativos, sin caudillos, faltos de noble-
za y no menos de fama escasos: atraviesan la Ale-
mania, el imperio griego, y van á dispersarse y á
morir en el Asia Menor.

Pero la clase elevada, la nobleza feudal se prepa-
ra á su vez para la cruzada, y á las órdenes de Go-
dofredo de Bouillon los señores y sus vasallos parten
animados de esperanzas de gloria, llenos de valen-
tia y ardimiento. Dios les concedió la victoria y la

conquista de la ciudad santa y el estandarte de la cruz tremoló allivo sobre las murallas de Jerusalem. Pero despues, como si el cielo hubiera maldecido á los cruzados por sus violencias, todas las expediciones que se siguieron fueron frustradas ó perdidas, y solo consiguieron dejar en la Palestina millares de infelices que no tuvieron otro tñmulo despues de su muerte, que las inmensas arenas del desierto.

Examinemos ahora el espíritu y la parte filosófica de las Cruzadas. Su carácter distintivo está bastante especificado en su universalidad. La Europa entera, dominada por un solo pensamiento, corrió á alistarse bajo las banderas santas, despertando del sueño en que yacía á la voz de las naciones mas cultas que le señalaban la Palestina como el sitio donde sus pueblos debian medir sus fuerzas en favor del cristianismo.

Dos grandes causas arrojaron á la Europa en las Cruzadas, una moral y otra social. La moral era el impulso de los sentimientos y de las creencias religiosas. Desde fines del año 690 existía una lucha premeditada y terrible travada entre el cristianismo y el mahometismo: las Cruzadas no eran mas que la continuacion de esa lucha principiada cuatro siglos antes entre dos elementos opuestos que trabajaban de consuno para aniquilarse mutuamente. El teatro de esta lucha, que hasta entonces lo fué Europa, habia sido trasladado al Asia: las circunstancias no sufrieron alteracion por esto; los discos de sangre eran siempre los mismos.

La otra causa que motivó las Cruzadas era de todo punto social. El régimen feudal continuaba en su carrera, á pesar de todos los elementos que subsistian para detenerle, de tal modo que este horizonte muy estrecho limitaba los estados, las vidas y hasta los espíritus. Pero se acercaba un tiempo en que no bastaba horizonte tan conciso: el pensamiento y la actividad humana aspiraban á traspasar los límites en que se hallaban encerrados y que los comprimía dolorosamente. Poco quedaba ya de la vida errante, pero se conservaba todavía un recuerdo grato de aquel movimiento aventurero y variado. Precipitáronse pues los pueblos en las Cruzadas como en una nueva existencia mas vasta y mas animada, que unas veces les ponía delante el gran cuadro de sus antiguas libertades, al paso que les presentaba otras la perspectiva halagüeña de un porvenir de ventura y gloria.

A mediados del siglo XIII; ni una ni otra de estas causas existía ya. El hombre y la sociedad habían cambiado de tal modo, que ni vestigios quedaban de aquel impulso que habia precipitado á la Europa sobre el Asia. Esta trasmutacion se puede decir que fué la que contribuyó á que las demás expediciones á la Palestina se frustrasen, y á que las osadías de los caballeros no hubiesen tenido otro éxito que el de enrojecer con su sangre aquellas blancas arenas del desierto.

El principal efecto de las Cruzadas fué dar el primer paso para aclarar el espíritu humano, y un progreso incalculable para las ideas mas avanzadas y mas libres. Así como la planta que naciendo á la sombra del espeso follaje de un árbol que le roba el calor y hasta la luz del astro del día, crece ende-

leble con aspecto pálido y triste, así los pueblos sin la esperiencia, hija del roce de unos con otros, yacian en las travas del entendimiento y del espíritu: pero despues los rayos del sol penetraron hasta la débil planta y la dieron la vida que necesitaba para conservar su vejetacion próxima á extinguirse. Un vasto pensamiento se presentó á los cristianos con la vista de los lugares santos, y las Cruzadas principiadas y motivadas por el dominio de las creencias religiosas, fueron ellas mismas las que les arrancaron no solo aquella influencia que las hacia poderosas, sino tambien la esclusiva posesion del espíritu humano. El entendimiento de los cruzados, comprimido hasta entonces, se estendió en aquel vasto campo donde se divisaban inmensidad de objetos é ideas diferentes, y se vió en medio de dos civilizaciones no solo diversas sino mucho mas adelantadas, la griega en una parte, la musulmana en otra. Y aunque la civilizacion de la sociedad griega se hallaba pervertida y en sus últimas agonias, causó á los cruzados el efecto de una civilizacion mas adelantada y mas culta: eran rayos de la felicidad de aquella república orgullosa y altiva, en la que se asentaron las bases de la civilizacion fundamental, cuyos últimos destellos reflejando en los pueblos de Occidente, les comunicaron todo el calor y vida de la Grecia antigua.

Al lado opuesto veíase la civilizacion musulmana con toda su pompa, con todos sus atractivos: los cruzados, como todos los cristianos, salieron del error en que vivian, oreyendo pobre de ideas y pensamientos á aquel país en que miraran con asombro levantarse el sol radiante como para proteger á los sectarios del Profeta. A estas impresiones sucedieron las relaciones y el trato habitual entre los cristianos y los musulmanes, en breve aquellas relaciones se aumentaron é hicieron importantes, el Oriente y el Occidente se conocieron mutuamente, y una alianza de amistad y comercio se estableció entre ambos.

A las Cruzadas, pues, debe el comercio el grande adelanto é incremento que tomó este despues; ignorábase en Europa el sistema mercantil cuyas bases eran puestas en juego tan solo por los genoveses y venecianos, que aprovechándose de la ignorancia supersticiosa de los demás pueblos tenían el imperio y comercio absoluto de los mares. Así, mientras la Europa se precipitaba á parecer en las llanuras de Africa, mientras conjurando las tempestades del desierto y á precio de una muerte segura los Cruzados caminaban alentados por la esperanza gloriosa de sus hazañas caballerescas y bizarras, empleadas para conquistar un fñetro vacío, los venecianos astutos, navegantes hábiles y comerciantes interesados, amontonaban riquezas considerables, que servían para hacer sobresalir á aquella república de las demás del mundo. El veneciano llevaba entonces al campo de los cruzados preciosa armadura de caballero: y si allí los barones feudales exhaustos de medios no podian comprarlas por haber consumido sus riquezas, si el oro de los campeones cristianos no bastaba para cubrir el excesivo precio de las mercancías, entonces el veneciano atravesaba el campo cristiano, y dentro de la ciudad santa trocaba la armadura fabricada para resguardar al noble feu-

dal, por el oro de los infieles sectarios del Profeta.

El estado social sufrió una alteración bastante notable en aquella época por la influencia de las Cruzadas: motivó esta alteración la necesidad absoluta en que se vieron los señores de vender sus feudos á los reyes ó á corporaciones, y la dilatada ausencia de sus hogares acabó de hacerles perder todo el poder que les quedaba, que se fué concentrando en los reyes, ante cuya potestad habian levantado siempre con orgullo sus cabezas. En efecto, cuando llevados de la ambición de gloria y de riquezas se dirigian los nobles á la Palestina á pelear por la causa santa, y al paso que su sangre teñía aquellas arenas vírgenes tal vez de huella humana, se desplomaba la piedra fundamental del feudalismo, y la dignidad real adquiria una superioridad tal sobre sus ruinas que bien pronto se hicieron sentir sus efectos en los pueblos. Cuando aquellos hombres, desamparados de la esperanza que les animó algun día, volvieron á su patria, encontraron sus señoríos destruidos y arruinados: las ciudades que dejaron sepultadas en el silencio del vasallaje y esclavitud, unas se habian constituido en municipios, otras lidiaban por conquistar sus derechos, porque conservaban un recuerdo doloroso del dominio de los potentados y tenían con razon un nuevo vasallaje tanto mas peligroso cuanto insoporrible. Este fué el primer esfuerzo para sacudir el yugo de los condes y señores que habian ido á enterrar en la Siria los restos del poder con el que por tanto tiempo sostuvieron á los vasallos: era una reaccion ó mas bien una lucha formidable que comenzó con el pensamiento de las Cruzadas para acabar con el aniquilamiento del feudalismo cimentando un porvenir de igualdad. Los pueblos habian conocido la libertad, habian disfrutado sus mágicos efectos en el tiempo que se vieron emancipados de los señores, y quitarles la taza en que bebían aquel néctar delicioso que les llenaba el alma de una vida de dulzura y de esperanza, era un paso difícil, átroz y arriesgado. El feudalismo se conmovió entonces, porque sintió que su ruina era inevitable.

El bien mayor ó principal que las Cruzadas trajeron á Europa, nació del movimiento ó impulso que dieron á los pueblos, impulso creador y grandioso que mejorando la suerte de las naciones fué al propio tiempo origen de una independencia respectiva. En el estado de abatimiento en que se hallaban los espíritus era indispensable una conmocion violenta y repentina que los hiciese salir de aquel sueño para restituirles las fuerzas: esta conmocion fué motivada por una idea dominante, absurda y falsa pero grande y sorprendente, de la cual se sacó el provecho de esa especie de ímpetu que la inteligencia ejercía sobre la materia.

Cuando la sociedad sigue una marcha progresiva hácia su perfeccion, una conmocion puede destruir la obra de la civilizacion y disolverla: pero cuando todas las fuerzas espirituales se hallan en ese letargo que contribuye al aniquilamiento, necesita para su conservacion un movimiento general, una explosion que regenerando destruya. Las Cruzadas produjeron en parte este feliz efecto, pues agitaron y sacudieron fuertemente á la especie humana en Europa: entonces se dió el primer paso para la edad del nivelamiento: creáronse nuevas necesidades que

para satisfacerlas tuvo que recurrir al trabajo, único medio de mejorar la suerte de las clases laboriosas, é interesarlas en el progreso de la industria asegurándoles la libertad de disfrutar los beneficios de su actividad; multiplicóse el número de ciudades, y las artes y las ciencias hasta entonces despreciadas comenzaron á ser favorecidas. Las Cruzadas á la Palestina continuaron la obra principiada, los nobles vendieron sus derechos feudales á los arrendatarios de los señoríos para con el producto ir á la tierra santa á combatir á los infieles. Fueron todos á enterrar en la Judea sus nombres, sus tesoros y su poder, y aquel país de sepulturas, aquel crudo terreno de gloriosos recuerdos, abrió el principio del abismo en que habian de precipitarse las instituciones feudales.

ABDALAH.

ANTEQUERA.

En lo antiguo ANTEQUERA fue edificada por los moros sobre las ruinas de Sinjulia: la necesidad en que estos se encontraban de fortificarse contra los enemigos que los rodeaban, y de buscar siempre posiciones en que el arte pudiese secundar con facilidad á la naturaleza, los obligó á edificar un castillo en una altura de esta ciudad que hicieron inexpugnable, con mil torres y barreras de hierro. Aun se conserva en este castillo infinidad de armas antiguas que los moros depositaron en él, tales como cascos, corazas y escudos artísticamente trabajados: de estos hay algunos cubiertos de un triple forro de cuero; véanse tambien, picas, jabalinas, arcos y flechas cuyos hierros son en extremo agudos.

Desde el camino que conduce al Calvario se descubre un paisaje encantador que trasladado al lienzo produciria un efecto maravilloso. Como en un abismo se vé una infinidad de cascadas naturales cuya agua se precipita de roca en roca, y reuniéndose despues forman un río que serpentea por un valle rodeado de una multitud de molinos. A lo lejos se descubren grupos de lavanderas á la sombra de los árboles que avanzan desde la cima de la colina; todas las laderas están cubiertas de bosques y verdura. A la derecha sobre un encontrado ribazo se eleva un antiguo castillo; descútrase á lo lejos por la garganta de las montañas una inmensa llanura que por estar harto distante parece cubierta de una densa niebla.

Detrás de este viejo y respetable castillo comienza la via sacra que conduce al Calvario, y tiene una cruz de trecho en trecho.

Es famosa esta ciudad por el mucho tiempo que moró en ella Solano, hombre sencillo, recto y de poca instruccion; pero que por las observaciones que habia hecho sobre el pulso, no solo consiguió predecir las crisis de las enfermedades, sino que determinaba su especie y la hora en que debían esperarse.

Nació Solano en Montilla, pequeña poblacion de Andalucía, á seis leguas de Córdoba, año de 1685; estudió la medicina en Granada, pasó á practicar á Ilora, donde se casó á la edad de 27 años. Habiéndose extendido su reputacion hasta Antequera, fué llamado á esta ciudad, en la que permaneció hasta su muerte acaecida el 31 de marzo de 1788. Tuvo quince hijos, de los cuales siete fueron varones; publicó la historia de sus diversas observaciones sobre el pulso, en un volumen en folio, titulado *Appollinis Lapsus Lydas*, ó piedra de toque de Apolo. La obra de Solano ha hecho época en medicina, y ha abierto el camino á las famosas investigaciones de Mr. Borden y de Mrs. Cox y Flemings.

Esta ciudad es una de las mayores, entre las de se-

gundo orden de España; fué restaurada por el infante D. Fernando, llamado de Antequera, por haberla tomado á los moros, el cual era hermano del rey Don Enrique III de Aragon. Hizose uso en esta conquista de pólvora ó truenos, como dicen los antiguos historiadores. Se pretende que los moros á quienes se habían cortado las aguas, al descubrir un manantial que habia en la ciudad, en la primera piedra que encontraron pusieron esta inscripcion: *cuando esta piedra se quite será Antequera de los cristianos*. Dista esta ciudad doce leguas N. de Málaga, 23 N. O. de Almuñecar, y 21 de Granada. Long. 13. 4. Lat. 36. 51. El vecindario de esta ciudad es de 5000 vecinos; á tres leguas de ella está la famosa fuente de piedra, que nace junta á un lugar del mismo nombre, y consta por tradicion que su agua tiene la grande virtud de espeler las piedras de los riñones y vejiga: la siguiente inscripcion que se descubrió cerca de ella, prueba que esta virtud no fué desconocida de la antigüedad.

Fonti divino aram
L. Postumius Statilius.
Ex voto D. D. D.

Tambien hay en aquellos parajes una inmensa laguna, que tiene por nombre la Slada, en la cual se recoje el agua que viene por un arroyo que desciende de Santillan.

EL HUESPED.

PARÁBOLA.

Era una noche de enero oscura y lluviosa; los truenos se sucedian con frecuencia, y los rayos que caian acá y acullá amenazaban con un incendio.

En tanto que diluviaba, Juan se rehacia de su cansancio, calentándose en el hogar; su muger acostaba á su hijo de pecho, y preparaba la cena: los demas niños, de los cuales el mayor no habia cumplido siete años, medio despavoridos por la tempestad, ó se enredaban en las piernas de su padre, ó se asian á las faldas de su madre.

Hé aquí que llamaron, y María encargó á su marido que no abriese la puerta, porque temia que fueran ladrones de la comarca; mas Juan cuya bondad escedia á sus temores dijo á su esposa: «Cuando las tempestades brauan, los hombres no pueden cometer delitos. María, será algun pobre caminante, y á dos leguas á la redonda no hay una miserable choza donde pueda guarecerse.»

Juan abrió la puerta, y entró un arrogante mozo, de talla colosal y robustos miembros, llevaba una larga manta, cuyo embozo ocultaba algun misterio.

Peró Juan sin inmutarse, cogió al recién llegado por la mano, le condujo á la lumbre, y ofreciéndole una bebida espirituosa, le dijo: Bebed y calentaos: luego cenareis con nosotros, y entre tanto yo y mi muger vamos á prepararos vuestra habitacion.

Y la ruda fisonomia del recién llegado perdiendo su feroz expresion, contestó con una mirada afectuosa á los amigables ofrecimientos de Juan.

Luego, cándido y confiado el niño menor, se acercó al desconocido, como quien espera alguna caricia: en seguida, mas atrevido y mas confiado su hermano, se colocó entre las piernas y viendo relucir alguna cosa bajo la manta, dijo: «mira, Pepito, qué cosa tan bonita.»

—Quita niño, dijo el recién llegado, ocultando cuidadosamente el bruñido mango de su puñal.

—Mira, Carlos, observó Pepito, lleva escopeta, será otro amigo de Padre, otro guarda-bosque.»

A esta palabra el desconocido empuñó su trabuco, fulminó una mirada desafiadora á la puerta, y murmuró: «Mala noche para el huésped, si viene el guarda-bosque.»

—No, no, contestó Carlos al desconocido, estamos en viernes; mañana es sábado y vendrá el guarda-bosque. El nos trae dulces de la villa y tú ¿qué nos das?

—¡Oh! dijo el desconocido para sí, ¡tójala fuera guarda-bosque!

En tanto María con voz acongojada repelia á su marido: «Ay! es un ladrón de la comarca... y esta noche que ha de venir el guarda-bosque! Dios mío! esta noche me temo una desgracia!

—Nada temas repuso Juan como inspirado; Dios dijo: *amad á vuestras enemigos*; pues bien, yo quiero salvar á ese hombre.

Hé aquí que la tempestad arreciaba mas y mas, y el estampido de los truenos por momentos se hacia mas horrisono.

Luego se dejó oír un silbido; el desconocido cojió el trabuco por la garganta y de un salto se colocó frente la puerta, en actitud de defenderse de los de adentro y de los de afuera.

Sin embargo Juan salió á espaldas del desconocido; este hizo un movimiento de sorpresa, y Juan le dijo: «Nada temas; si hubiese querido matarte ya ves que allí hay una escopeta (y le señalaba el sitio por donde habia entrado). Vé, sigue á mi mujer, y ocúltate en nuestra habitacion... Nada temas, vuelvo á repetirte; en la cuna está un niño de pecho, si te vendo mata á mi hijo.»

Tranquilizóse el desconocido y obedeció.

Luego Juan abrió la puerta y entró el guarda-bosque acompañado de algunos soldados.

—Buenas noches, Juan: venimos cansados, no hemos podido cojer ni un solo malhechor, y la tempestad se embravece furiosamente.

En aquel momento un trueno hizo retumblar toda la casa y un rayo incendió la habitacion de los esposos.

—Mi hijo, mi hijo!... exclamó María con acento de marcada desesperacion.

Aquella parte de la casa estaba rodeada de llamas, y en vano procuraron penetrar en ella. Al cabo de breves instantes la habitacion estaba devorada por el incendio.

Hé aquí que llamaron otra vez, abrieron y no pareció nadie; sin embargo en el dintel de la puerta hallaron un trabuco, un puñal y... un niño de pecho!...

—Ah! exclamó María abrazándose, Dios protege á los que favorecen á sus enemigos!

—Y convierte á los bandidos en hombres honrados; añadió Juan echando de ver las armas del desconocido.





POESIA. (1)

MEDITACION.

No hay mas que un solo Dios: Et solo es grande, solo infinito, omnipotente solo.

Nada hay que para ser no le demande licencia: Et pesa la virtud y el dolo y el premio acuerda ó el azote blande. Todo lo oye y lo vé de uno á otro polo, y cosa no hay por elevada ú honda que á su mirada universal se esconda.

No hay mas que un solo Dios, cuya creencia luz es y salvacion: dó quier la marca brilla de su poder y de su ciencia. Dios solo es triunfador: solo monarca de el universo es él: su omnipotencia con ley universal todo lo abarca; su presencia inmortal todo lo inunda, todo lo vivifica y lo fecunda.

Et los mundos arregla ó desordena segun su escelsa voluntad divina: Et al tiempo dirige: él encadena los elementos á sus pies: domina al huracan; tras el poblado truena: luce al través de el alba purpurina: entapiza con nieve las montañas y abraza con volcanes sus entrañas.

El murmullo de el agua, el son de el viento, el susurro del bosque estremecido por sus inquietas ráfagas, el lento arrullo de la tórtola, el graznido de el cuervo vagabundo, todo acento por ave, fiero ó eco producido el nombre santo de su Dios pronuncia, su gloria canta, su poder anuncia.

Et los errantes astros encamina; él azul la atmósfera serena; él crea y él destruye: alza y arruina; él, infalible juez, salva y condena; él solo ni envejece ni declina; él solo el hueco de los mundos llena: el orbe encima de su palma cabe: Solo él no yerra nunca, solo él sabe.

No hay mas que un solo Dios. Los que le niegan con allívez blasfema, palidecen cuando al umbral de su sepulcro llegan; los que en su ciencia ruin se ensoberbecen y de él se moñan, al morir le ruegan. Por él existen y por él perecen todos; no hay mas que un Dios. ¿Ante su nombre qué es el orgullo y el saber de el hombre?

Siglo, que audaz el de la luz te llamas y por miles de plumas y de bocas

el manantial de tu saber derramas:

siglo de ciencia, que el error derrocas, la virtud premias y el ingenio inflamas: siglo, que dices que á la cumbre tocas de la dicha que el mundo civilizas, y tu raza de sábios entronizas:

Siglo de prensas y de bolsas, y ágio que intentas difundir hasta la luna en carros de vapor el gran contagio de la ciencia y parar á la fortuna con tus empresas mil... ¡Siglo de plágio que en solos nueve lustros en sí aduna mas maestros, artistas, y doctores que hubo en ciento estudiantos y lectores!

¿De dónde vienen los que nacen? ¿Dónde van los que mueren? ¿Dónde, en qué lejano lugar se acuesta el sol? ¿En cuál se esconde la luna de su luz? ¿Cuál es la mano que les guía á los dos? Habla, responde orgullo imbecil del saber humano, hojea el libro de tu ciencia osada ¿qué es lo que sabes de tu origen? Nada.

No hay mas que un solo Dios, que nada ignora, y él conoce las puertas de la tierra: abra las de la cuna y de la aurora: las de la noche y de la tumba cierra. Mas allá de las dos él solo mora, él solo sabe lo que allá se encierra: de allá viene, allá vá quien nace y muere porque su voluntad así lo quiere.

Mas detente, ¡oh espíritu divino! ¡Oh arcángel de la fe! Tú cuyo paso buscando un día al corazón camino abogó á las musas y aplano el Parnaso: único fuego que del cielo vino, calma tu inspiración en que me abraso, no ensayes en el harpa de el poeta los cantos de el salterio de el profeta.

Mi limitada comprensión humana, mi ruda voz y tosca poesía eleve, sí, tu inspiración cristiana y dignas sean de la patria mia. Enaltece mi ingenio, porque nana pueda hijo suyo apellidarme un día, y de mi nombre (si al olvido vence) la tierra en que nació no se averguence.

Mas dejemos al siglo ir desbocado de los pasados siglos tras la herencia en el carro del oro arrellanado ó suspendido en alas de la ciencia. Dejémosle seguir la ley de el hado segun su voluntad ó su conciencia sin que perturbe su insenata orgias El himno audaz de la creencia mia.

JOSÉ ZORBILLA.

(1) Debamos á nuestra amistad con el señor Zorrilla esta magnífica composicion que por primera vez vé hoy la luz pública.